







TRES INICIADOS EL KYBALIÓN

LOS SIETE PRINCIPIOS DE LA FILOSOFÍA HERMÉTICA



TRES INICIADOS EL KYBALIÓN

LOS SIETE PRINCIPIOS DE LA FILOSOFÍA HERMÉTICA

El Kybalión

Autores: Tres iniciados

Traducción: Federico Climent

Derechos exclusivos mundiales de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2026

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4943-8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerente editorial: Marina von der Pahlen

Edición interna: Juliana Palermo

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Claudia Solari

Armado de interior: Isabel Barutti y Claudia Solari

1ª edición: noviembre de 2026

ISBN 978-950-02-1856-6

Impreso en Thomson Reuters,
Bernardino Rivadavia 130, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2026.

Tirada: 4500 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Tres iniciados

El Kybalión / Tres iniciados. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2026.

176 p. ; 19 x 12 cm.

Traducción de: Federico Climent.

ISBN 978-950-02-1856-6

1. Esoterismo. 2. Ocultismo. I. Climent, Federico, trad. II. Título.
CDD 133

Esta edición reproduce una traducción en dominio público. Con el fin de favorecer la claridad y fluidez de lectura, se han efectuado mínimas actualizaciones ortográficas, de puntuación y sintaxis, respetando en todo momento el sentido y el espíritu del texto original.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).



PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

Razón les sobra, a mi entender, a los tres iniciados autores de este libro para afirmar que la filosofía hermética compendiada en la suma de aforismos con el título de *El Kybalión* —que, según verá el lector, nada tiene de común con cábala ni con Kabala— es, como si dijéramos, el espíritu animador de todas las filosofías y religiones que se disputan el dominio de la mente humana desde los orígenes del pensamiento.

La filosofía hermética, expuesta con luminosa claridad en este texto, no es panteísta en el sentido comúnmente atribuido a esa doctrina, según el cual Dios es todo

y todo es Dios, lo que equivaldría a negar su existencia como entidad distinta del universo.

En primer lugar, la filosofía hermética y todas sus directamente derivadas no sostienen —ni nadie en su sano juicio se atreverá a decir— el despropósito de que Dios es todo y que todo es Dios, como achacan al panteísmo lógico sus detractores, por incomprensión o por malicia, por confundir la esencia con la existencia, que tan claramente distinguidas quedan en la presente obra.

Fijémonos en que la palabra “existencia” proviene de la voz latina *existere*, compuesta de *ex*, ‘fuera’, y *sistere*, ‘para’, ‘detener’, ‘estar’. Los verbos “ser” y “estar” denotan distintos conceptos. “Estar” es una modalidad de “ser”, como lo demuestra el que una misma entidad pueda *estar* en diferentes situaciones sin dejar de *ser* en todas ellas la misma entidad; y así decimos que una persona *está* enferma o *está* sana, y no que *es* enferma o *es* sana, pues la enfermedad y la salud son condiciones o estados de existencia que en nada afectan a la verdadera esencia de la persona, quien tanto enferma como sana sigue siendo la misma persona.

De aquí que con la misma raíz filológica derivada de la latina *sistere* se hayan formado por medio de afijos, que modifican su valor ideológico, las palabras “consistencia”, “subsistencia”, “resistencia”, “insistencia”, “persistencia”,

“asistencia” y, análogamente, del verbo “existir”, tengamos con la misma raíz, pero con distinto significado según el afijo, “consistir”, “subsistir”, “resistir”, “asistir”, “insistir”, “persistir” y “desistir”, que si se analizan gramaticalmente, corresponden al estado y no a la esencia de las cosas a que se refieren.

En resumen, la existencia significa el estado de manifestación, de apariencia, de relatividad, de extensión, de fenómeno, de todo lo que al exterior atañe, mientras que la esencia se refiere al ser, a la inmanifestación, a la realidad, a la absolutividad, a lo interior, a la mente.¹

Así es que cuando la filosofía hermética habla de la Sustancia única, del Todo o de lo Absoluto, no toma la palabra “sustancia” en ninguna de sus vulgares y materialistas acepciones que le da el lenguaje corriente, sino en el filosófico sentido de la entidad que subsiste y que es por sí misma y solo a sí misma y por sí misma se comprende.

1. “Inmanifestación” y “absolutividad” son dos términos muy propios de la filosofía esotérica y metafísica de principios del siglo xx; prácticamente no existen fuera de ese contexto. La inmanifestación es aquello que existe antes o más allá de toda manifestación; aquello que no se ha expresado en formas concretas. La absolutividad comprende lo absoluto, incondicionado, independiente, eterno.

Por lo tanto, la Sustancia única es la causa sin causa, la raíz sin raíz, el Principio absoluto, la Seidad, aquello que la mente humana por intuición infiere y por razón vislumbra sin que alcance a desentrañar su misterio ni rasgar el velo que lo encubre. Pero es una entidad, es Dios, un ser individual, infinito, eterno, omnipotente, omnisciente, es un espíritu cuya Mente o Pensamiento crea por emanación de sí mismo el universo y los seres que lo pueblan. Dios da extensión a su pensamiento, pone su mente en existencia.

Así dice con acierto la filosofía hermética que el universo es mental, y la ciencia moderna corrobora experimentalmente esta afirmación² al demostrar que la materia no es tal materia en el concepto del monismo materialista ni en el dualista de las viejas escuelas teológicas.³ La que llamamos tradicionalmente materia está constituida por átomos que, a su vez, están constituidos por electrones o cargas de energía. Por ello puede afirmarse sin exagerar que toda materia es energía condensada,

2. Esta afirmación refleja la interpretación del autor y no representa el consenso científico actual.

3. El monismo materialista sostiene que todo es materia, mientras que el dualismo propone que materia y espíritu son dos realidades distintas.

y llegará el día en que, de un modo u otro, se demuestre también experimentalmente que la energía es mente condensada, es decir, que entre la Mente divina o el Espíritu puro y la materia más densa que se conoce, el osmio, no hay diferencia esencial, sino de grado de vibración.

La filosofía hermética tiene de Dios un concepto ontológico⁴ y no panteísta, al menos no en el sentido que se atribuye tradicionalmente a ese término.

Afirma la filosofía hermética que el hombre dominado por las pasiones es esclavo y no puede tener la paz ni la felicidad resultantes del amor de Dios y del conocimiento del orden de las cosas.

Considera la filosofía hermética a Dios como una entidad, como un ser inteligente, libre, absoluto, omnipotente, infinito y distinto del universo que es su forma, su cuerpo, su encarnación material.

Por otra parte, afirma la filosofía hermética que el conocimiento sin su aplicación a las normas de conducta es tan vano como atesorar riquezas sin utilidad provechosa y, por lo tanto, no es posible amar sin conocer lo que se ama.

4. Referido al ser mismo y no solo a las cosas existentes. En este contexto, la filosofía hermética presenta a Dios como el fundamento de todo lo que existe.

En realidad, no puede haber más que una Sustancia, una entidad subsistente por sí misma, pues si tan solo dos entidades subsistieran por sí mismas, habría dos entidades absolutas, dos Principios infinitos y eternos, dos causas supremas y eficientes de todo cuanto en el universo existe. En una palabra, habría dos dioses con atributos y perfecciones diferentes, porque, si no fuesen diferentes, habrían de ser iguales, y en este caso se identificarían los dos dioses en uno solo.

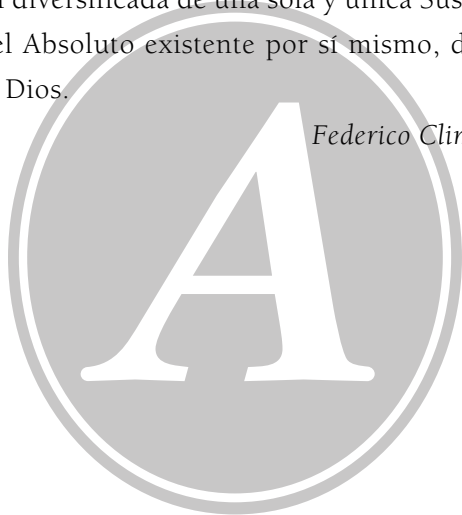
Y aunque a los escolásticos, entre ellos Balmes, sostengan que hay muchas Sustancias, en realidad solo son múltiples manifestaciones con infinitud de formas de una sola Sustancia existente por sí misma, de conformidad con el concepto de Descartes y Spinoza, derivado de la filosofía hermética,⁵ madre de las filosofías occidentales. Si analizamos los cuerpos materiales, vemos que están constituidos por uno o varios de los llamados elementos químicos, de cuyas combinaciones resultan diversidad de sustancias en las que es idéntico el átomo físico.⁶

5. La influencia directa de la filosofía hermética sobre Descartes y Spinoza es una interpretación sostenida por el autor, pero no constituye una posición generalmente aceptada.

6. Esta explicación refleja el conocimiento científico disponible a comienzos del siglo xx y no coincide del todo con la física actual.

Al cabo de siglos de tanteos, observaciones y experimentos, la ciencia moderna va comprobando cada vez con mayor evidencia los principios herméticos tan magistralmente explicados en las siguientes páginas, resumidos en la eterna verdad de que el universo, con toda su multiplicidad de formas y materias, es la manifestación diversificada de una sola y única Sustancia, del Todo, del Absoluto existente por sí mismo, del infinito y eterno Dios.

Federico Climent Terrer







INTRODUCCIÓN

Con sumo placer presentamos a la atención de los Estudiantes e investigadores de las Doctrinas Secretas esta obra basada en las antiquísimas Enseñanzas Herméticas. Se ha escrito poco acerca del asunto, a pesar de las innumerables referencias a las Enseñanzas en las diversas obras de ocultismo, por lo que los numerosos y fervientes investigadores de las verdades arcaicas acogerán ciertamente con viva satisfacción el presente volumen, cuyo propósito no es enunciar determinada filosofía o doctrina, sino ofrecer al estudiante una declaración de la Verdad que sirva para enlazar los muchos

fragmentos de conocimiento oculto que pueda haber adquirido, aunque en apariencia contradictorios y, por lo tanto, tendientes a disgustar y desalentar a los principiantes. Nuestra intención no es levantar un nuevo templo al conocimiento, sino poner en las manos del estudiante una Llave Maestra con la que pueda abrir todas las puertas interiores del Templo del Misterio, después de atravesar la puerta principal.

No hay en el mundo verdades tan celosamente guardadas de profana indiscreción como las Enseñanzas Herméticas, transmitidas oralmente de siglo en siglo desde que su fundador, Hermes Trismegisto, el escriba de los dioses, vivió en el antiguo Egipto, cuando todavía estaba en la infancia la actual raza de la humanidad. Fue coetáneo de Abraham y, si la tradición es correcta, instructor de este venerable sabio, y se le considera el Céntrico Sol del Ocultismo, cuyos rayos han iluminado las innumerables enseñanzas promulgadas desde su época. Todas las enseñanzas fundamentales y básicas embebidas en las doctrinas esotéricas de cada raza se remontan a Hermes, y hasta las más antiguas enseñanzas de la India tienen indudablemente su raíz en las originales Enseñanzas Herméticas.

Desde la tierra del Ganges, muchos ocultistas avanzados pasaron a Egipto y se postraron a los pies del Maestro, del que obtuvieron la Llave Maestra que explicaba y

conciliaba sus divergentes opiniones, y así se estableció firmemente la Doctrina Secreta. También de otras tierras acudieron a Egipto muchos eruditos que consideraron a Hermes como Maestro de Maestros, y fue tanta su influencia que, a pesar de que muchos diversos instructores de diferentes países se apartaron del sendero durante siglos, todavía se descubre cierta fundamental semejanza y correspondencia subyacente en sus diversas y a menudo opuestas Enseñanzas. El estudiante de religiones comparadas será capaz de advertir la influencia de las Enseñanzas Herméticas en todas las religiones dignas de así llamarse que se conocen hoy en día, ya muertas, ya todavía vivas. Siempre hay cierta correspondencia a pesar de las contradictorias características, y las Enseñanzas Herméticas actúan de Supremo Conciliador.

Parece que Hermes tuvo el propósito de plantar la semilla de la Verdad, que brotó y floreció en diversidad de formas, más que establecer una escuela de filosofía que dominase el pensamiento del mundo. Sin embargo, las originales verdades enseñadas por Hermes se han conservado intactas en su prístina pureza por unos cuantos hombres de cada época que, rechazando a los estudiantes de mediano desenvolvimiento, siguieron la costumbre de Hermes y reservaron la declaración de la Verdad a los pocos capaces de comprenderla y dominarla. De boca

en boca fue transmitiéndose la Verdad entre unos cuantos dignos de recibirla. Pocos Iniciados ha habido en cada generación, en los diversos países de la Tierra. Estos pocos mantuvieron ardiente la sagrada llama de las Enseñanzas Herméticas, y con sus lámparas avivaron las mortecinas luces de las lámparas del mundo profano cuando las debilitaba la negligencia, o cuando las mechas estaban atestadas de materias extrañas. Siempre hay unos cuantos que vigilan fielmente el altar de la Verdad, en el que mantienen viva la Perpetua Lámpara de la Sabiduría. Estos hombres dedicaron su vida a la obra de amor que el poeta expresó en los siguientes versos: “¡Oh, no dejes extinguir la llama! Cuidarla cariñosamente de siglo en siglo, en su oscura cripta. Alimentada por puros ministros de amor, ¡no dejes extinguir la llama!”.

Los Iniciados nunca buscaron el aplauso popular ni ambicionaron seguidores. Se muestran indiferentes a estas cosas, porque saben cuán pocos hay en cada generación capaces de recibir o comprender la Verdad, o de reconocerla si se les comunicara. Reservan la “sólida vianda para los hombres” mientras otros suministran la “leche para los niños”. Reservan las perlas de sabiduría para los elegidos que estiman su valor y las engarzan en sus coronas, en vez de arrojarlas a los vulgares cerdos materialistas que las pisotearían en el cieno y las mezclarían con su

repugnante alimento mental. Pero nunca han olvidado ni menospreciado estos hombres las originales Enseñanzas de Hermes respecto a la transmisión de la Verdad a los predispuestos a recibirla, según expone *El Kybalión* en los siguientes términos: “Los oídos de quienes están predispuestos a recibir las Enseñanzas se abren al paso luminoso del Maestro”. “Cuando los oídos del discípulo están dispuestos a escuchar, los labios del Maestro los llenan de sabiduría”. Pero su actitud ha estado siempre de acuerdo con este otro aforismo hermético, también expuesto en *El Kybalión*: “Los labios de la Sabiduría están cerrados para todos, menos para los oídos de la Comprensión”.

Algunos han criticado esta actitud de los hermetistas diciendo que no manifestaban el verdadero espíritu en su conducta de retraimiento y reticencia; pero, si repasamos la historia, percibiremos la sabiduría de los Maestros, que se percataban de la insensatez de enseñar a quienes no querían aprender o no estaban predispuestos a recibir. Los hermetistas nunca tuvieron vocación de mártires y se apartaron de la gente con una piadosa sonrisa en los labios, aunque los “paganos se enfureciesen rabiosamente contra ellos” en su acostumbrada diversión de condenar al tormento y a la muerte a los sinceros pero mal guiados entusiastas que se creían capaces de inculcar forzosamente en una raza de bárbaros la Verdad que solo

podían comprender los elegidos ya muy adelantados en el Sendero.

Pero todavía subsiste en el mundo el espíritu de persecución. Hay algunas Enseñanzas Herméticas que, si se divulgaran, lanzarían contra sus instructores las insultantes vociferaciones de la multitud, que gritaría: “¡Crucifícale, crucifícale!”.

En la presente obra, hemos tratado de dar idea de las fundamentales Enseñanzas de *El Kybalión* con sus operantes principios, para que cada quien los aplique a su conducta; mas creímos oportuno exponer al por menor las Enseñanzas. El genuino estudiante será capaz de aplicar prácticamente dichos principios. Quien no lo sea, habrá de llegar a serlo por individual desenvolvimiento, pues de lo contrario, las Enseñanzas Herméticas no serían para él más que palabras, palabras y palabras.

TRES INICIADOS.

CAPÍTULO I

LA FILOSOFÍA HERMÉTICA



“Los labios de la Sabiduría están cerrados para todos, menos para los oídos de la Comprensión”.

El Kybalión.

Del antiguo Egipto derivaron las fundamentales enseñanzas esotéricas y ocultas que tan vigorosamente han influido en la filosofía de todas las razas, naciones y pueblos durante millares de años. Egipto, el país de las pirámides y de la esfinge, fue la cuna de la Sabiduría Oculta y de las enseñanzas místicas. De su Secreta Doctrina tomaron de prestado todas las naciones.

India, Persia, Caldea, Medea, China, Japón, Asiria, Grecia, Roma y otras naciones antiguas participaron generosamente del festín de conocimientos que los hierofantes⁷ y Maestros de la Tierra de Isis tan liberalmente dispusieron para quienes venían preparados para compartir el copioso caudal de místico y oculto saber que habían acumulado las magistrales mentalidades de aquel antiguo país.

En el antiguo Egipto moraron los insignes adeptos y Maestros a quienes nadie aventajó y muy pocos igualaron durante los siglos transcurridos desde los días del excelso Hermes. En Egipto estaba situada la Logia Máxima de las logias de los místicos. Por las puertas de sus templos entraron los neófitos, que más tarde, como hierofantes, adeptos y Maestros, recorrieron todos los ámbitos de la tierra, llevando consigo el valioso conocimiento que estaban anhelosos y dispuestos a comunicar a cuantos fuesen dignos de recibirlo. Todo estudiante de ocultismo reconoce la deuda que tiene contraída con los venerables Maestros de aquella antigua nación.

Pero entre los insignes maestros del antiguo Egipto hubo a quien los demás saludaban con el título de “Maestro

7. Sumos sacerdotes o maestros espirituales que tienen la función de revelar y explicar los misterios sagrados.

de Maestros”. Este hombre, si en efecto hombre era, vivió en los primeros tiempos del antiguo Egipto, y se llamaba Hermes Trismegisto. Fue el padre de la Sabiduría Oculta, el fundador de la astrología y el inventor de la alquímica. Los pormenores de su biografía se han perdido en la historia con el correr del tiempo, aunque varios países antiguos se disputaron hace millares de años el honor de ser su patria. Se ignora la fecha exacta de su permanencia en Egipto durante su última encarnación en nuestro planeta; pero se ha fijado en los primeros tiempos de las más antiguas dinastías de Egipto, mucho antes de Moisés. Las más prestigiosas autoridades lo consideran coetáneo de Abraham, y algunas tradiciones judaicas llegan al punto de afirmar que del mismo Hermes adquirió Abraham parte de su místico conocimiento.

La tradición refiere que Hermes vivió trescientos años en carne mortal y, al morir, los egipcios lo divinizaron y lo colocaron entre sus dioses con el nombre de Toth. Años después, los griegos también hicieron de él uno de sus muchos dioses y le llamaron “Hermes, el dios de la Sabiduría”. Los egipcios reverenciaron su memoria durante muchos siglos, le apellidaron “el escriba de los dioses” y le confirieron el sobrenombre de “Trismegisto”, que significa ‘tres veces grande’ o ‘el

máximo'. En todos los países de la Antigüedad, el nombre de Hermes Trismegisto es sinónimo de “fuente de sabiduría”.

Actualmente, aún se emplea la palabra “hermético” en el sentido de ‘secreto’ y de ‘sellado impenetrablemente’, debido a que los discípulos de Hermes siempre mantuvieron secretas sus Enseñanzas. No “echaban perlas a los cerdos”, sino que se aferraban a la enseñanza de “la carne sólida para los hombres, la leche para los niños”. Ambas máximas conocen cuantos estén familiarizados con las escrituras cristianas, pero ya las conocían y aplicaban los egipcios siglos antes de la era cristiana.

Esta regla de difundir cuidadosamente la Verdad ha caracterizado siempre a los hermetistas hasta nuestros días. Las Enseñanzas Herméticas se encuentran en todos los países y en todas las religiones, pero nunca identificadas con determinado país ni secta religiosa, pues las antiguas Enseñanzas previenen contra todo intento de cristalizar en credo dogmático la Doctrina Secreta. La sabiduría de esta prevención es evidente para cuantos conozcan la historia. El antiguo ocultismo de India y Persia se degeneró y perdió, en gran parte, por haberse convertido los instructores en sacerdotes, que entremezclaron la teología con la filosofía, de modo que el ocultismo se confundió en aquellos dos países con la masa de

supersticiones religiosas, cultos, credos y dioses. Lo mismo ocurrió en Grecia y en Roma, y con las Enseñanzas Herméticas de los gnósticos y cristianos primitivos, que se perdieron en tiempos de Constantino, cuya férrea mano sofocó la filosofía con el manto de la teología, y así le sustrajo a la Iglesia cristiana su genuina esencia y verdadero espíritu, y la obligó a andar a tientas durante muchos siglos para encontrar el camino de su antigua fe, pues todo sagaz observador puede advertir que en este siglo xx la Iglesia cristiana se esfuerza en recobrar sus antiguas enseñanzas místicas.

Siempre hay unas cuantas almas fieles que mantienen viva la Llama y la cuidan solícitamente, sin dejar que se extinga su luz. Gracias a estos firmes corazones, a estos intrépidos ánimos, poseemos todavía la Verdad. Pero en su mayor parte no la contienen los libros. Ha ido pasando de Maestro a discípulo, de Iniciado a hierofante, de boca en boca. Si algunos la escribieron, la ocultaron bajo términos astrológicos o alquímicos, para que no intentara descifrarla quien no poseyera la clave. Así lo hicieron a fin de evitar la persecución suscitada contra ellos por los teólogos medievales, que atacaban la Doctrina Secreta a espada, sangre y fuego, con la hoguera y la horca. Aún hoy en día, se encuentran pocos libros auténticos de filosofía hermética, aunque hay muchísimas referencias a

ella en las diversas obras que tratan de ocultismo. Sin embargo, la filosofía hermética es la única Llave Maestra de las Enseñanzas ocultas.

En los primitivos tiempos se compilaron con el título de *El Kybalión* algunas doctrinas herméticas fundamentales que pasaban de Maestro a discípulo. El significado de la palabra “Kybalión” se perdió durante muchos siglos, pero muchos conocen por tradición oral sus Enseñanzas, sin que nunca, que sepamos, se hayan transcrito, impreso o graficado sus preceptos. Era *El Kybalión* un compendio de máximas, axiomas y preceptos ininteligibles para los profanos y solo comprendidos por los discípulos cuando se los explicaban los Iniciados. Estas Enseñanzas constituían los principios fundamentales del “arte de la alquímica hermética”, que contrariamente a la creencia vulgar, trata del dominio de las fuerzas mentales, de la transmutación de las vibraciones mentales, y no de la transmutación de los metales. La leyenda de la piedra filosofal, por cuya virtud podían convertirse todos los metales en oro, no fue más que una alegoría referente a la filosofía hermética, fácilmente interpretada por todos los estudiantes del verdadero ocultismo.

Así es que expondremos las Enseñanzas Herméticas tal como aparecen aforísticamente en *El Kybalión*, y las explicaremos como humildes estudiantes que somos a los

pies de Hermes, el Maestro, aunque llevemos el título de Iniciados. Las explicaciones y los ejemplos servirán para la mejor comprensión de las Enseñanzas, ya que el texto original está velado intencionalmente con términos oscuros.

Las máximas, los axiomas y los preceptos originales de *El Kybalión* se reproducen en esta obra entre comillas, con el debido reconocimiento de su procedencia. Nuestro propio trabajo aparece impreso de la manera habitual, integrado en el cuerpo del texto. Confiamos en que los numerosos estudiantes a quienes hoy ofrecemos esta pequeña obra obtengan del estudio de sus páginas tanto provecho como el que han obtenido los muchos que los precedieron, recorriendo el mismo camino hacia la maestría a lo largo de los siglos.

Dice *El Kybalión*:

“Los oídos de quienes están predispuestos a recibir las Enseñanzas se abren al paso luminoso del Maestro”.

“Cuando los oídos del discípulo están dispuestos a escuchar, los labios del Maestro los llenan de sabiduría”.

De conformidad con estas Enseñanzas, cuando este libro caiga en manos de alguien dispuesto a recibir la instrucción, no lo desechará. De la misma manera, cuando el discípulo esté dispuesto a recibir la Verdad, llegará este libro a sus manos. Tal es la Ley. El principio

hermético de causa y efecto, en su modalidad de ley de atracción, juntará labios que hablen con oídos que escuchen: el libro y el lector. Así será.

